

<b>Medio</b>	La Tercera
<b>eFecha</b>	24-11-2012
<b>Mención</b>	Somos el ombligo del mundo (al menos, eso creemos). Habla Jorge Larraín, sociólogo (Prorector UAH).

# Somos el ombligo del mundo (al menos, eso creemos)

Si la historia muestra momentos en los que nos brota el sentido de excepcionalidad (especialmente frente al resto de América Latina), los números de la economía -donde hoy pusimos nuestra identidad- nos tienen por las nubes. Así lo refleja la Encuesta Bicentenario UC-Adimark.

TEXTO: **José Miguel Jaque** ILUSTRACION: **Rafael Edwards**



**P**UEDE que usted lo recuerde: la principal atracción de Chile en la Expo 92 de Sevilla fue un iceberg. Doscientas toneladas de hielo antártico de color

azul violeta viajaron en barco para convertirse en una escultura de siete metros de altura que fue expuesta en un sistema refrigerado, porque la temperatura exterior (40°C) sugería un bochorno de aquellos. La polémica alrededor de esta decisión también subió la temperatura. Los organizadores defendieron la idea como un intento de ganarse el respeto del mundo de los negocios y porque, se supone, esa masa de hielo era símbolo de la tradición artística y poética del país. No era una analogía fácil, en todo caso. No la entendió, por ejemplo, *The New York Times* que nos dedicó un editorial titulado "Una idea chilena para quedarse helado", recordando a Macondo de García Márquez.

Un golpe seco al ego local el del diario norteamericano. Lo que se pretendía era lo contrario: mostrar seriedad y eficiencia. No realismo mágico. Porque, como otras veces, los chilenos apostábamos por la diferenciación del resto del continente. Es que estamos convencidos de que somos un mundo aparte. La Encuesta Bicentenario UC-Adimark de este año da cuenta de que ese "mito" de la excepcionalidad sigue más fuerte que nunca entre los chilenos: un alto y creciente porcentaje considera que nuestra cultura (47%), democracia (43%), religiosidad (40%) y modelo económico son únicos en el mundo (37%), sobre todo en relación al resto de América Latina. El tema es que se trata de porcentajes que vienen subiendo, entre dos y siete puntos, en los últimos cuatro años.

Ignacio Irarrázaval, el director del Centro de Políticas Públicas UC, explica que tenemos incorporado en nuestra cultura eso de sentirnos superiores, lo que hoy está particularmente apoyado en una serie de rankings macroeconómicos en que vamos para arriba. Y la gente termina por creerse el cuento. Sobre todo porque nos estamos comparando con otros países latinoamericanos, para nosotros, sinónimos de desorden y bananerismo. Pero esto tiene rai-gambre histórica.

Otra vez en Sevilla, pero en la Exposición Iberoamericana de 1929, Chile se hizo notar con un edificio con muros escarpados que poco tenía que ver con los estilos de ese momento, pero que aludía a la Cordillera de los Andes nevada. ¿Cuál era la idea? ¿Mostrar la arquitectura? Nada de eso. Alejar al país de la idea tropical que acompañaba a América Latina. Otro antecedente ocurrió en 1910. Lo importante en el Centenario era que las delegaciones extranjeras, específicamente la de Argentina, se impresionaran con la madurez institucional del país, que en ese momento se miraba en el espejo de Francia. "De Francia nos gustaba desde el refinamiento (los vestidos para las señoritas traerlos desde allá) y los estilos arquitect-

tónicos hasta el referente del modelo republicano", cuenta la historiadora Bárbara Silva, autora del libro *Identidad y nación entre dos siglos*.

Ahora, seamos honestos: el mito de la excepcionalidad tiene que ver con querer ser únicos y ser reconocidos por ello. ¿Y quién no quiere eso? "Querer ser diferente es como una necesidad. Pero nosotros la tenemos un poco más exacerbada", comenta Javier Romero, sociólogo y director de

Sicología de la U. Central. ¿Por qué? Puede ser por esta característica de país insular (a pesar de estar conectados a un continente) que nos hace sentir aislados. O por la inestabilidad territorial (sísmica): a todas las generaciones les ha tocado ver que el país se viene abajo y lo contrapesamos con la idea de instituciones sólidas. Como sea, se trata de una imagen con una continuidad histórica que está instalada en la mentalidad colectiva en el país. "Pero tal vez un número importante de esas personas no tiene un análisis para entender por qué lo dice", dice Bárbara Silva.

Para Jorge Larraín, sociólogo de la UAH y autor del libro *Identidad chilena*, este mito de la excepcionalidad se refuerza a partir de los 90, cuando nuestra identidad fue descansando en el modelo (cómo olvidar eso de ser jaguares). "Por eso tenemos esa obsesión en ser potencia: potencia alimentaria, potencia vitivinícola, potencia minera, plataforma para el ingreso de exportaciones de Estados Unidos y Europa para el resto de Latinoamérica", dice. Y este discurso repetitivo se contagia.



## Quién sigue

Ya está dicho. Todos los países se encuentran algo excepcionales y destacan lo que los distingue. "El punto consiste en detectar dónde colocan su excepcionalidad", dice Eduardo Valenzuela, director del Instituto de Sociología UC. Chile parece bien encaminado, dice el sociólogo, porque lo pone en su capacidad para conseguir crecimiento económico y la estabilidad y limpieza de sus instituciones (la ausencia de corrupción policial, por ejemplo).

Ahora, esta mirada a nuestros vecinos por sobre el hombro nos deja al descubierto como arrogantes. Uno, dice Larraín, porque nos parecemos más de lo que nos gustaría reconocer. Añote: pobreza, injusticia social, mala distribución de los ingresos, sistema educacional deficiente, etc. Y dos, porque caemos en actitudes narcisistas. Casi ridículas. ¿Ha notado que cuando viene un economista con nombre en inglés lo llenamos de preguntas del tipo "cómo lo estamos haciendo en economía" o "qué tal las estrategias fiscales"? "Nos gusta hacer preguntas que sabemos las respuestas. 'Sí, ustedes son los mejores'. Queremos obtener una confirmación de que somos excepcionalmente buenos, distintos y mucho mejor que Latinoamérica", dice Larraín.

Y esto no para. Cualquier veraneante de Reñaca en la década de los 80 y 90 recordará lo irritante (y envidiable) que resultaba ver desplegado todo el cancherismo argentino en las playas y en las discotecas. ¿Nos sentíamos acomplejados frente a ellos? Sí. Pero eso es pasado. Todo gracias a los rankings. "Actualmente la democracia y la economía chilena nos parecen mucho más avanzadas que la argentina", dice Eduardo Valenzuela. Es más, Ignacio Irarrázaval recuerda que en la reciente discusión sobre los datos de la encuesta Casén, más tensionante que si subió o bajó la pobreza, era que no podemos parecernos a Argentina por la poca seriedad que hoy proyecta.

Lo curioso, dice el escritor Pablo Torche, es que los chilenos no nos damos cuenta de que no existimos en el mundo. No nos conocen. A nivel mundial somos una cosa ínfima. "Estamos acá, abajo, en Latinoamérica, y este continente tiene mucho que ofrecernos", dice. Pero nosotros estamos en otra. "Capaz que ahora, con la crisis en Europa y la llegada de españoles buscando trabajo, pensemos que somos más que ellos", advierte Romero. Capaz. ●

